

Adversus tolerancia

Adversus tolerance

Ricardo Forster*

Resumen: Tolerancia, de la raíz latina *tolerare*, significa aguantar algo que nos hace otra persona. Es una de ciertas palabras que, hoy en día, parecen estar fuera de toda sospecha. Sin embargo, estas palabras están vinculadas al ejercicio generalizado de la "buena consciencia". Es, por lo tanto, una palabra que cubre el cinismo del poder y que oculta la intensidad de la desigualdad en todos sus posibles alcances y sentidos.

Palabras claves: Tolerancia. Poder. Desigualdad.

Abstract: Tolerance that means, from its Latin root *tolerare*, to endure something that another person does to us, is one of some words that, nowadays, seem to be free of suspicion, but these words are related to the generalized exercise of "the good conscience". It is therefore a word that conceals the cynicism of power and hides the intensity of inequality in all of its possible reaches and forms. The story may serve to help us understand why some beliefs and social customs have remained and continue to exist. The purpose of this article is to reflect on the background of anti-Semitism and on how, since its conception, it has endured. The so called Elected People or People of the Book cease to be a group supposedly chosen by God and become an entity seen as "the murderer of God" and the ally of the Devil.

Keywords: Tolerance. Power. Inequality.

Dentro de la vida falsa no puede albergarse la vida justa.

Theodor W. Adorno

Hay ciertas palabras que parecen estar fuera de toda sospecha; su sola mención implica una aceptación tácita de la inviolabilidad de su sentido; palabras que eluden las disputas y que se ofrecen como prenda de paz cuando los adversarios no se ponen de acuerdo. Esas palabras están vinculadas al ejercicio generalizado de lo que podríamos denominar "buena conciencia", ese mecanismo por el cual solemos indultar nuestras omisiones y nuestras hipocresías. Éstos son tiempos que se caracterizan por el uso generalizado de dichas palabras, tiempos en los que el lenguaje se vuelve cómplice de la pérdida de intensidad y de sentido en nuestras acciones y discursos. Palabras blandas que flotan livianamente en una atmósfera que no suele tolerar las interrupciones amenazadoras de las tormennas; palabras que tranquilizan las conciencias despreocupadas de ciudadanos que se quieren mostrar preocupados por lo que sucede a su alrededor. Palabras que cubren el cinismo del poder y que ocultan la intensidad inaudita de la desigualdad en todos sus posibles alcances y sentidos. Como si nuestro lenguaje interpusiera entre nosotros y el mundo una patina que nos hace ver difusamente, por un lado, una realidad horrible y, por el otro, nos devuelve la imagen transparente de nuestras buenas intenciones.

Una de esas palabras es *tolerancia* que significa, desde su raíz latina *tolerare*, soportar, aguantar algo que nos hace otra persona. A partir de ese sentido la palabra *tolerancia* ha recorrido un largo camino hasta anclar en su uso actual: respetar al otro en su diferencia o, como la define el *Diccionario de la Real Academia*, "respeto y consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque repugnen a las nuestras". La tolerancia se ha convertido en un rasgo decisivo de la cultura política de la sociedad contemporánea o, al menos, eso es lo que discursiva y jurídicamente se sostiene. Después de haber atravesado la noche de la barbarie, Occidente se ha vuelto *tolerante* y proclama a los cuatro vientos su

cruzada de buena fe: pide *tolerancia* a los pueblos de las periferias miserables del mundo, exige *tolerancia* a los profetas de religiones que se atrincheran en tradiciones indigeribles para las conciencias occidentales. Los antiguos colonizadores ejercen la pedagogía de la *tolerancia* multiplicando la imagen de una barbarie supuestamente ajena a sus propias responsabilidades históricas; los antiguos genocidas se horrorizan cuando contemplan cómo en sus mismas entrañas la *tolerancia* se vuelve una excusa para la limpieza étnica. La *tolerancia* se ha convertido también en un discurso que consagra la tribalización de nuestras sociedades, la ruptura de toda contaminación allí donde la (in)diferencia se ha vuelto la forma sacrosanta de la sociabilidad contemporánea. *Tolerar* al otro implica desentendernos de sus cualidades y de sus necesidades en el mismo momento en que proclamamos nuestra *tolerante* comprensión.

Quizá nunca como ahora, en plena época de hegemonías globalizadoras y de formas asfixiantes de la homogeneidad, la palabra *tolerancia* se ha vuelto puro enmascaramiento ideológico, apelación hipócrita a una opinión pública que se satisface reconociendo su predisposición hacia una *tolerancia* cada vez más retórica. La "buena conciencia" se convierte en el socio actual de la *tolerancia*. Y también es evidente que cuanto más se extiende el individualismo como práctica cotidiana, más se proclama la necesidad de la *tolerancia* (será que se vuelve más evidente que en el plano de las prácticas reales de los individuos, y no en el territorio vago de las discursividades formales, lo propio no es la preocupación por el destino del otro, por sus necesidades y sus padecimientos, sino por su condición de amenaza o, más oscuro y preocupante, por su condición de vacío, de figura fantasmal que desaparece de nuestro mundo). La *tolerancia* acaba volviéndose un mecanismo de borramiento efectivo del otro, una suerte de despedida con buena conciencia que los individuos realizan para proteger sus propios intereses. Y sin embargo las sociedades y sus individuos se complacen en pronunciar una y otra vez la palabra que exculpa sus responsabilidades y que les permite tranquilizar sus conciencias.

Suerte de llave que abre las puertas del paraíso moral, la *tolerancia* contemporánea no hace sino expresar la emergencia de lo que podríamos denominar la despreocupación ética por la suerte real del otro. Atrincherados en nuestra *tolerancia* (que es parte de nuestro patrimonio jurídico y de nuestros mecanismos psicológicos compensatorios), ya no tenemos ojos para contemplar las formas concretas de la *intolerancia* cotidiana, formas que se sustentan, en la mayoría de los casos, en el desfallecimiento del sentido de solidaridad y de reconocimiento del otro. Lo que se muere en nuestras sociedades es precisamente aquello que se opone a la idea de la *tolerancia* entendida como un despreocuparse de aquel a quien le otorga la gracia de mi *tolerancia*: se muere el diálogo siempre conflictivo, y por eso vital y complejo, entre las diferencias allí, precisamente, donde se hace la apología de ellas y se las vacía de contenido. De este modo y gracias a esta operación compensatoria, la sociedad contemporánea ha podido erigirse en defensora retórica de aquellos a los que en el plano de las prácticas sociales efectivas acaba relegando al lugar de la opresión o, más radical aún, del mal y del peligro. La retórica democrática de las sociedades modernas tardías oculta el gigantesco proceso de desestructuración sociocultural que se opera en su interior; esquivada, a través del efecto complaciente de ciertas palabras en la conciencia de los individuos que la integran, su responsabilidad en el despliegue de políticas profunda y esencialmente discriminatorias, políticas que condenan a vastos sectores de la humanidad a la agonía física y cultural.

La paradoja de este fin de milenio es que cuanto mayor es el efecto de la retórica bienpensante de la *tolerancia*, mayor es el ahondamiento de las distancias entre los gramáticos y los sujetos de la enunciación. La *tolerancia* invita al reposo de la conciencia, le quita el peso de sus responsabilidades ante la injusticia de un mundo fragmentado, alimenta el ego de aquellos que necesitan sentirse parte de lo que los norteamericanos llaman "lo políticamente correcto".

La palabra *progreso*, portadora antaño de los ideales civilizatorios de la modernidad occidental, ha sido reemplazada por la palabra *tolerancia*, que se ha convertido en la nueva fórmula expansiva del capitalismo de fin de siglo. Mercado, democracia y tolerancia son las columnas sobre las que se sostiene el edificio de una sociedad fundada en el acrecentamiento de la desigualdad, de la sospecha y de la negación del otro. La *tolerancia* se vuelve un mecanismo del olvido, permite a sus portadores eliminar de un plumazo la memoria del dolor y promueve el equívoco de una falsa armonía, de una convivencia fundada en la simulación a través de su omnipresencia busca cubrir los fallidos profundos de un sistema que habiendo prometido el ideal de una mayor equidad entre los hombres acaba el siglo desplegando formas extremas y quizás inéditas de la desigualdad y la injusticia. Su sola portación parece garantizar las buenas intenciones de aquellos que ocultan sus complicidades detrás de una falsa retórica, de aquellos que han hecho de la democracia un vacío mitificado, una gigantesca justificación de su indiferencia ante las "promesas incumplidas" de un orden civilizatorio que, al doblar el milenio, ha fracasado en toda la línea. Hemos quedado, en el plano de lo material, por detrás de las conquistas revolucionarias de la Ilustración, mientras que nuestro lenguaje y nuestros discursos siguen impertérritos su marcha autojustificadora y resplandeciente. Las palabras se han independizado de los hablantes y siguen solitarias su camino hacia la mistificación.

Pero no es sólo en el plano social y político en el que podemos ver como la palabra *tolerancia* se pronuncia en el vacío o para echar un velo sobre la efectiva (in)diferencia que los individuos y las sociedades contemporáneas sienten hacia el otro; también ha cuajado en el plano de las ideas y de lo que se ha denominado el "pensamiento débil". Muertas las ideologías, desbarrancados los metarrelatos modernos y estallado el sentido unificador de la historia, somos contemporáneos de una lógica de la dispersión que se traga las antiguas sustantividades hasta producir una atmósfera liviana y casi sin peso en la que flotan multitud de pensamientos, teorías, ideas, palabras, conceptos, discursos y juegos de lenguaje que se mezclan sin conflicto y gozosamente, disponiéndose a devenir productos que se intercambian en el mercado persa de las ideas y los valores. Allí lo que reina es la *tolerancia* o, mejor dicho, la absoluta disponibilidad para la rápida metamorfosis o el giro de ciento ochenta grados. Ya no hay conflicto que empañe el comercio de las ideas ni pasiones que ofrezcan su inútil anacronismo en un mercado que se ha vuelto copia exacta de ese otro Gran Mercado capitalista en el que el principio de *tolerancia* constituye el fundamento y el punto de partida.

En el reino de las ideas la *tolerancia* representa la inutilidad de toda confrontación allí donde la presencia de otro discurso se me vuelve *tolerantemente* (in)diferente; su existencia no me roza ni cuestiona mi propia interpretación, es parte de una multitud de ofertas que siguen su rumbo sin tocarse las unas con las otras pero aceptando el derecho que cada una posee a continuar siendo parte del mercado. La (in)tolerancia sólo surge cuando nos salimos del reino de las ideas e intentamos internarnos en territorios que no nos corresponden; allí se acaba la liviandad, la proliferación democrática de ofertas, el flotar graciosamente en el éter del deseo realizado, y lo que emerge es la tachadura, la discriminación o, más grave y difícil de combatir, la fagocitación de un mercado cultural que hace de la *tolerancia* su verdadera arma para desactivar la presencia *otra* de lo que se opone a esa lógica del flotamiento insustancial. En la muerte de la polémica podemos observar el síntoma del reinado exclusivo y triunfal del principio universal de *tolerancia*. La bondad inunda el mundo y vierte sobre sus habitantes la luz del autoengaño, sus resplandores encandilan cualquier otra realidad o la convierten en parte de esa extraordinaria luminosidad que lo envuelve todo y a todos. La *tolerancia* posmoderna se eleva sobre la asfixia de las ideas y las pasiones, reina sobre el renunciamiento de una inteligencia que se había forjado a sí misma en conflicto con el mundo. Plegarse festivamente a la lógica de la época desplegando hasta el hartazgo la retórica de la buena conciencia que, como todos sabemos, ha hecho de la *tolerancia* su santo y seña para entrar sin complejos ni culpas al reino de *este mundo* (en el que toleramos a todos aquellos que no pueden o no desean estar). Simulación y renunciamiento que se camuflan en la omnipotente presencia de lo democrático convertido en mito inexpugnable, en excusa ideológica que permite al sistema proliferar despojando de toda legitimidad

a sus adversarios, a cualquier voz que se levante para denunciar las falacias profundas de un orden civilizatorio que ha ido devorando a los hombres y al planeta escudándose en aquello que la astucia de la razón dominante ha convertido en verdad indiscutible e irrefutable.

Las palabras, al ser despojadas de su sustantividad, flotan en el éter de lo afirmativo, se pliegan alas necesidades de un orden que todo lo absorbe y todo lo tolera; máquina de procesar y triturar que nos pone del ante del abismo de no poder pronunciar ninguna palabra que no sea reducida a expresión liviana; mecanismo efectivo que despoja a la crítica de su dimensión reveladora para convertirla en charla académica. Ganados por el principio sacrosanto de la *tolerancia*, ya no encontramos la fuerza suficiente para enfrentarnos al vacío de sentido y a la intolerable deshumanización que está allí, entre nosotros, pero sobre la que nada potente y profunda alcanzamos a decir en la medida en que ablandados por las infinitas prácticas de la *tolerancia* no podemos ser legítimamente (*in*)*tolerantes* con aquello que nos debería producir náuseas. Es tiempo, quizá, de abandonar aquellas palabras que hunden su insustancialidad venenosa en el corazón de nuestra capacidad crítica, de abandonarlas para ir en busca de otras capaces de impulsarnos más allá de la pasividad y del autoengaño; palabras antiguas y nuevas que nos ofrezcan la oportunidad de recuperar la aventura y el riesgo de pensar contracorriente.

En un capítulo anterior señalaba que George Steiner escribía que lo propio de la tradición occidental en la diversidad de sus épocas era la continuidad del recuerdo, vuelto reminiscencia mítica o religiosa, de un pasado ejemplar, de un tiempo dorado o paradisíaco perdido que quedaba colocado a sus espaldas. La travesía del presente, la posibilidad de superar sus iniquidades e injusticias encontraba en las imágenes paradigmáticas del pasado una fuerza imprescindible. El sueño de un mañana mejor se entroncaba con los lejanos resplandores que venían de un ayer emblemático e imborrable de la memoria de los seres humanos. Esos resplandores eran capturados por las escrituras utópicas y convertidos en materia prima de lo nuevo por venir. En todo caso, la relación entre lo acontecido y el presente seguía insistiendo sobre las conciencias de los vivos.

Los lenguajes políticos hundían sus raíces en la *polis* griega, buscaban los motivos de su legitimidad actual en la recuperación de experiencias y prácticas que los remitían a ciertos momentos ejemplares del pasado. Por eso destacaba que el sueño de una nueva política nacería de un doble movimiento: la actualización de esa época ejemplar del mundo y la puesta en marcha de un proceso de permanente modificación de la sociedad. Desde los primeros movimientos milenaristas desplegados en la Europa de la Baja Edad Media, pasando por la Revolución Inglesa hasta llegar a la Revolución Francesa, desde la Comuna de París hasta la Revolución de Octubre, desde las luchas de liberación nacional de los pueblos oprimidos hasta la Revolución cubana, los ideales transformadores se asociaron a una extraordinaria presencia de imágenes y tradiciones traídas, a veces, del pasado más remoto. Las escrituras bíblicas estuvieron en el centro de los combates ideológicos de la primera revolución burguesa y hasta impregnaron el puritanismo de los patriotas norteamericanos; Robespierre, Saint-Just y Marat persiguieron en la Roma republicana los ejemplos de sus ideales revolucionarios. El presente seguía intoxicado por los lenguajes y las imágenes que venían de otras épocas; la simbólica de la revolución, la francesa y la rusa, lo mismo que las luchas independentistas de la América hispánica, se alimentaban de los recuerdos mitificados de tiempos pretéritos convertidos en ejemplares.

En los comienzos de la modernidad burguesa, cuando se vislumbraba el horizonte de una nueva sociedad alejada de las formas tradicionales, cuando los pensadores más osados se embarcaban en travesías audaces que parecían llevarlos hacia playas desconocidas; en esos tiempos aurorales también se buscaron las referencias de esas antigüedades cuyo testimonio seguía constituyendo un humus imprescindible en la marcha transformadora. Pensar lo nuevo, aventurarse por territorios inéditos, no significó borrar de un plumazo las relaciones profundas con aquellos momentos paradigmáticos; en

todo caso, generó una interpelación, desde el presente y sus necesidades, de aquellas tradiciones que deberían ser adaptadas a las nuevas exigencias.

Señalo esto porque uno de los rasgos más definidos de nuestro tiempo, de este giro hacia el nuevo milenio, es la ausencia de aquella relación profunda y vitalizadora con el pasado. Vivimos instalados en un tiempo único y autorreferencial en el que todo parece empezar y agotarse en sí mismo, cerrando aquellos pasadizos que nos conducían hacia tradiciones cuya presencia en los albores de la modernidad permitieron, entre otras cosas, la creación de horizontes intelectuales y artísticos que contribuyeron a la construcción de la nueva época del mundo. Sin esas relecturas de los antiguos, sin esos mitos políticos recuperados a partir del Renacimiento, otra hubiera sido la travesía de la conciencia occidental. Y sin embargo, esa relación entre pasado y presente se ha agotado, ha pasado a ocupar un lugar en el museo, como paseo de fin de semana, o ha sido guardada lujosamente en las academias universitarias convertida en objeto muerto. La absolutización del presente ha devorado las inquietudes que el pasado proyectaba sobre nosotros.

Con la democracia ha pasado algo parecido. Ha dejado de ser una tradición viva e incitadora para convertirse en un mero recurso retórico o en la enunciación de una experiencia de la resignación ante la inexorabilidad de lo que es. La apelación a la democracia constituye, en el discurso político contemporáneo, una artesanía de la simulación y la hipocresía, una suerte de legitimación del poder ascendente de una nueva plutocracia que ha sabido desplegar su astucia a partir de la ingeniosa utilización de una tradición, la democrática, que hoy apenas si se ofrece, alas adormecidas conciencias de los votantes-ciudadanos, como un ritual desprovisto de sentido. De sus antiguos fulgores apenas si han quedado algunos restos cenicientos que, muy de vez en cuando, amenazan con volver a encender el fuego de pasiones extintas. Sencillamente pronunciamos una palabra que, como un barril sin fondo en el que todos arrojan sus insustancialidades, se nos muestra como un giro del lenguaje al que se le ha sustraído toda intensidad.

Desde los sacrosantos medios de comunicación, verdaderos exponentes de la obvedad y la obsecuencia, se pronuncia una prohibición: no deberemos utilizar la palabra democracia si no es para afirmarla en el panteón de lo intocable e incuestionable, más allá de cualquier herejía que intente perturbar la marcha impoluta del mejor de los órdenes políticos. Alejados de los fantasmas del autoritarismo que antaño habitaban la geografía de nuestras pesadillas, curados del espanto de dictaduras criminales, hoy, más allá de cualquier inquietud nacida de un otro extraño y abominable que sólo puede provenir del pasado, vivimos instalados, de una vez y para siempre, en el tiempo-espacio de la democracia, como si su consistencia hubiese adquirida la realidad inconvencible de lo naturalmente creado con independencia de sus usuarios. Dios de fin de milenio que, por esos extraños juegos de lo humano, parece haber encontrado el camino de lo irreductible, de aquello que permanece al margen de cualquier cuestionamiento y que al ser convertido en la esencia de la virtud, pasa al reino de lo divino. Y más intocable se vuelve cuando con cierto oportunismo sus cultores se apresuran a definirla como un orden "imperfecto", haciendo de esa imperfección la mejor de sus virtudes ya que permite justificar todas sus fallas e incoherencias. Su debilidad genera su fuerza. Cuanto más pobreza, cuanto más concentrado el poder, cuanto más opaca la relación entre los ciudadanos y el Estado, cuanto más brutalización de la vida cotidiana, cuanto más se despliega el poder represor de la policía, más se esgrime el argumento de las bonanzas democráticas, como el seguro para que precisamente todos esos males no confluyan en un orden totalitario. Como vivimos en un estado de derecho podemos procesar los males de nuestro tiempo sin ruborizarnos ante el despliegue inédito de la barbarie social, económica, política y cultural.

¿No será acaso hora de que discutamos la sacralización que nuestra época ha hecho de la democracia y de sus argumentos cuantificacionales y homogeneizantes? ¿Tendremos inevitablemente que caer en el bando de los fascistas si nos corremos de las banalidades con las que se recubre el estallido de una

genuina idea de lo democrático en beneficio de la perpetuación del poder capitalista? Horrendo parece ser el destino de una sociedad que se muestra como incapaz para pensar sus propias fisuras y sus enormes contradicciones. Sencillamente, detrás del *triumfo* de la democracia liberal, tal cual la ha sabido construir el capitalismo de fin de milenio, lo que se instituye es una suerte de monstruosa perpetuación *ad infinitum* del orden burgués transmutado en realidad natural, en última referencia de lo civilizatorio y en culminación de la historia.

Frente a este callejón sin salida de una sociedad atrapada en sus propias naturalizaciones lo que se despliega como discurso dominante, particularmente desde el campo de una intelectualidad resignadamente plegada al orden del día, es la aceptación acrítica de las condiciones brutales a través de las cuales se manifiesta la dominación, la explotación y la exclusión de una enorme fracción de la humanidad que no alcanza a disfrutar de las mieles de la democracia de mercado. Discutir la descarga arrolladora de violencia que se vuelca sobre vastísimos sectores de una sociedad fundada en la desigualdad mas extrema de la que se tengan noticias, ya no aparece en las agendas de aquellos que se desgarran las vestiduras ante la pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas o ante la proliferación de la corrupción en las esferas públicas, entendiendo esa pérdida de legitimidad como un problema de orden jurídico o cultural sin relación con el ensanchamiento de la injusticia material.

Olvido de la *injusticia* en beneficio de la presencia abrumadora del *derecho*, borramiento de la iniquidad de un sistema basado en la exclusión en favor de una juridización de todas las esferas de la vida que, sin embargo, no alcanza a expresar lo que es propio del sistema: el uso legal de la violencia como mecanismo ejemplar para reproducir sus fuentes de dominación. La democracia tal como actualmente la conocemos y ejercemos representa la expansión generalizada de este efecto "jurídico" sobre una población que hace mucho tiempo que ha resignado sus derechos participativos para aceptar con cierta indiferencia y desgano el despliegue insulso e incuestionado de un sistema político fundado en la delegación no sólo de la soberanía sino, más grave aún, en la pasivización de esos mismos individuos que supuestamente deberían contribuir al fortalecimiento de la democracia. Al naturalizar aquello que responde a una determinada circunstancia histórica lo que se manifiesta es la distancia abrumadora que separa los ideales clásicos de un orden político basado en el "bien común" y en el uso libre del entendimiento, de un orden cuyo núcleo no es otro que la domesticación de la crítica y la heteronomización de sus miembros hasta transformarlos en agentes pasivos de lo incuestionable y eterno. Decir hoy democracia es, entonces, volverse cómplice de una extraordinaria operación de camuflaje que ha logrado hacer pasar gato por liebre. Lo peor es que los comensales lo saben y lo aceptan sin ofrecer variables ni alternativas, suponiendo que las liebres se han vuelto un vago recuerdo de un tiempo desvanecido en las brumas de la historia o prometido desde el quimérico ideal de la utopía.

* Este artigo foi publicado, anteriormente, em *Crítica y sospecha: los claroscuros de la cultura moderna*. Editora Paidós, 2003.

** **Ricardo Forster** é Filósofo e Professor de História das Idéias na Universidade de Buenos Aires. Publicou diversos ensaios, entre os quais, *W. Benjamin - Theodor W. Adorno, el ensayo como filosofía* (1991), *Itinerarios de la modernidad* (1996), *El exilio de la palabra* (1999), *Walter Benjamin y el problema del mal* (2001). Pela Editora UFMG, *A ficção marrana: uma antecipação das estéticas pós-modernas* (2006).